La última noche de Paul Auster.

Thomas Bangalter

I.

Te he imaginado en los párpados que visten de largo los días
sobre cuencos vacíos que destilan carreteras a ninguna parte,
estados sin nombre por los que transita la vida recién levantada
sin peinarse siquiera los monstruos que reinan en la orilla.
La mañana es una caverna que mira de reojo
mientras arranca de raíz los pétalos de otro calendario,
mientras roza la mejilla del niño
que corre a camuflarse del viento,
el viento
que somos nosotros embarcados en la noche,
la noche
que condena al que la sirve sin envolverse en otro cuerpo.
Todo, animales en manada arrancando brotes del mediodía,
colapsando en aceras rotas que despiden olor a canciones,
baladas de amor para poetas trashumantes
que rebuscan entre tanto cuchillo por la espalda.
Como si de una emboscada se tratase,
otro sí categórico al que espera
y le doy otra vida de ventaja.

II.

En estos días mi cuerpo pide el frío
de los pocos carroñeros que nos sobrevuelan en la vejez,
fábrica de aves cotidianas que se pertenecen
y empapelan las avenidas con bailes ajenos a las enfermedades.
Una mujer salta a las copas pidiendo que el bosque la cobije,
las paredes de su casa
la han empujado contra la barrera de la carne,
un final delicado de contar para los coches que hierven
en el silencio de las mañanas.
La madera del árbol custodiará su calma
y el ejército de relojes hará el resto,
el jardín es pequeño como un camposanto,
plantas agradecidas y vigas del buen tiempo,
mi hijo toca el piano a la entrada,
los brazos caen rígidamente
sobre las tumbonas en guerras perdidas de antemano.
La casa fenece junto al río, aquí yacen sus dueñas las hormigas,
los cáncamos de la ciudad, los amigos, los amigos de estos,
los hijos de estos,
aquellos y estos que lo fueron tan en sí mismos
complacientes y fervorosos defensores de la vida.

Auge y amparo de las bestias
que me ayudan a recoger las sillas vacías tras tu última lectura.
De noche alguien caminará con mi trofeo sobre los hombros,
al día siguiente saltaré de la cama y volveré a refugiarme
de vosotros y vuestras sentencias,
las cosas saldrán mejor y avistaré de nuevo a la mujer
que me custodia desde la lejanía.
Ambos y sus quehaceres atosigados
que parecen no tener prisa.
Víspera somos.
Antes ya de caer me he lamido las heridas dos veces
y aún no he visto cosido el tronco
de los atardeceres.
Feliz en tu caparazón de humo y fondos de pantalla,
torcido el gesto ante esa balada grosera
que se parece a nosotros
durmiendo en camas separadas.
Nuestro pequeño balcón rememora tu vacío en forma de pájaro
comienza la función y resuena tu silencio frente al mío.

Regálame otra partida de ajedrez a la que apuntarme en solitario,
que no cejen nunca los empeños, uno tras otro,
hasta concretar finalmente
una salida digna para este conato de suspiro
en el lagrimal inflamado de los días.
A esta vida le confieso que no fue de las peores,
pan y circo para los que vestimos como asnos,
la lengua asfaltada tras las llamas.
He visto a mis hijos crecer tras las arañas
aprendiendo a amar la música,
registrando los sucesos que se acontecen tras los muertos.
Tal encrucijada no es devota para el obrero
que reconoce los nombres
y los gestos que habrá de desoír.
El poeta es a todas luces un vientre de alquiler
donde resguardar los sueños bajo llave.
Si viene un poema, y luego otros le siguen,
hazles sitio en ese insólito zaguán,
casi siempre abandonado pesebre
del que siente que no vale para otra cosa.
Podría bañarme eternamente en esas aguas
braceando bajo los radares de la vida,
poeta sin apenas tiempo,
a veces se te puede ver sobrevolando tus carencias
de la mano disimulada del amor.

III.

En flor y fruta pasada, un naranja distinto
en el que me he convertido al cuajarme con el viento,
tanta entrega, tanto oleaje sorteado
mojando el trago los labios que dividen.
Clausuremos juntos esta herida
los términos del nuevo contrato,
hoy, sí sé por qué, los aviones han sido derribados.
Bajo el ala aguardan las bestias que son los rostros,
la copa de vino no oculta el naufragio de los bárbaros,
el trigo amarillea en la mirada,
los abejorros se preguntan
si arderá ya tu sombra en esta casa.
Vivir es ser derrotado en silencio
mientras tus hijos crecen y se van,
pero un año la marea los traerá de vuelta
y si golpeas fuerte la pared
será como empezar de nuevo.

IV.

Hay una luz en el horizonte que censura la ofensa
de malgastar los tiempos,
te observa vagabundeando entre platos de comida
que se incorporan en voz baja.
Quieres bajarte en esta parada, tocas el timbre
y te dejas caer en la espesura de los cuerpos,
mientras habitamos esta llaga errante contenida con rabia
detrás de las cortinas.
El río se desborda y el iniciado salta desde lo alto
apoyado en el viento de la tarde,
no deja nada atrás,
tan solo asombro ante la terquedad de lo necesario.
Con estrépito agonizan las hojas en tu bosque
se lamen las rocas
buscando vestigios del ayer que tanto profesabas.
Presume el cuervo con la altivez de los rincones y la noche,
una vez que aprende a no ser encontrado
estalla en la afonía.
Justo en esta hora de pedestales
pretendes brotar otro poco aprovechando los caldos del silencio,
la bóveda fresca del rocío.
Tanto y tan poco en cuanto nos creemos algo distinto
a lo que somos ya de nacimiento,
piel con piel y números primos que creen morir cualquier tarde
a la vista de la gente,
vistiendo grandes carteras y coches, coches que no se detienen
hasta estallar en los contornos.
Te echaron por tierra ayer, como a otros tantos,
lejos de tu casa
y hasta donde la vista alcanza.
Y si la lucha se te antoja terrible, cuesta arriba,
los caminos se angostan y enfurecen,
llevándote a aquello que no eras y ya fuiste,
vendrá la resaca de los libros que se quedaron en tierra,
los temblores que te azoran,
que ni con pastillas ni sesiones se evaden de tu cuerpo
manchado en la flor de la vida.

Placebos tras la ventana zigzaguean a tus pies
pidiendo que no les olvides tan pronto,
en Primrose Hill ya no hay ni rastro de *La guerra de los mundos*
sólo parejas que se anudan en sueños contenidos.
No hay naves espaciales ni cadáveres informes,
H.G. Wells pasea colina abajo
posando su mirada en el juego de siluetas.
Suponer que el verano se lleva lo mejor de las palabras
en un carrusel de huidas sin nombre y apellido,
es como imaginar huecos
en la matemática extraña de las estaciones,
un silencio levantado sobre arenas movedizas
que devora manos que se suceden en la noche.
Abre el libro y edifica tu iglesia
antes de querer reducir la vida a escombros.
Lejos de aquello
no soy sino un recuerdo
que estuvo junto al invierno.

V.

No hay tiempo para mudanzas de estilo o alabanzas,
tal es la dimensión del sueño que te embiste.
Somos tantos los navegantes llamados a filas en invierno,
la parca leche que resbala por los versos
cuando apenas ha transcurrido una vida en este pecho.
Conocí la fórmula y nadé entre las almohadas de la noche
sobre las copas redondeadas de tu cuerpo
hecho naranjos,
este continente violento que una vez coronaste
ha estallado en mil pedazos
al romper contra el arrecife de todos los noviembres.
Roer sin dientes los grasos restos de la tarde
es como escribir un poema sin el corazón
entre la yema de los dedos.
Y mientras tanto
las ciudades están llenas
de locos
con revólveres de espuma
apuntándose a la boca.